



Notas sobre la representación de la mujer en la obra de Ernesto Sábato

Pablo Sánchez López

pfsanchez48@hotmail.com

Universidad de las Américas, Puebla (México)

Podríamos considerar que la hegemonía que en la cultura argentina ejerce *Sur*, la revista fundada por Victoria Ocampo, promueve dos direcciones literarias hasta cierto punto antagónicas: la línea antirrealista borgeana, que difunde, coincidiendo con los años del auge del peronismo, una literatura de preferencias fantásticas o policiales por medio de Borges pero también de autores como José Bianco y Adolfo Bioy Casares, y la línea dostoevskiana y existencialista, que lidera inicialmente Eduardo Mallea como jefe de redacción de la revista, pero que luego contará con un representante destacado como es Ernesto Sábato (también colaborador de la revista) con su primera novela, *El túnel*, y que también se caracteriza, con algunas excepciones, por la desatención a la conflictividad sociohistórica. Esta directriz existencialista conecta a su vez con autores más o menos externos al círculo de *Sur*, como Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti y finalmente Julio Cortázar. Es un mapa evidentemente simplificador, pero que tomaremos como punto de partida para repasar la imagen de la mujer en un periodo decisivo en la evolución de lo que bastante imprecisamente se ha llamado la nueva narrativa latinoamericana y que ha canonizado, como sabemos, una literatura básicamente masculina.

Creo que una valoración conjunta no puede pasar por alto cómo el grupo de autores del existencialismo asocia frecuentemente la imagen de la mujer con un irracionalismo más o menos poetizado y con una visión de la subjetividad como misterio y revelación esencialista y ahistórica. En la mayoría de estos personajes femeninos, el tiempo es irrelevante porque su biografía es siempre misteriosa y normalmente trágica, y su potencial simbólico permite

proyectar el imaginario del escritor sobre los absolutos metafísicos. Ese estatismo, esa opacidad de la dimensión temporal o evolutiva, las convierte en parte de otro ciclo, el de los personajes masculinos en búsqueda más o menos atormentada de su plenitud. Los proyectos sociales de la mujer en búsqueda de su autorrealización se atenúan o disimulan, así como los elementos materiales de su experiencia (trabajo, situación social, educación), que quedan inconcretos, con una tenue definición cronotópica.

Bastaría el ejemplo celeberrimo de la Maga, pero podríamos añadir el nihilismo autodestructivo de Alejandra en *Sobre héroes y tumbas*, o la boba locura virginal de Angélica Inés en *El astillero*; por otro lado, los personajes femeninos sabatianos practican la prostitución con la misma frecuencia que los onettianos con su antihéroe Larsen; y ahí incluso podríamos añadir a Hipólita en *Los siete locos* y aún, en el otro bando, a Jacinta en *Sombras suele vestir*, de Bianco. El matiz de la oligarquía criolla lo aportaría Eduardo Mallea con la narrataria innominada de *La bahía de silencio*, cuya virtud esencial revela la vertiente intuicionista y finalmente también irracionalista del argentinismo que el novelista había defendido un poco antes en su *Historia de una pasión argentina*. Pero nótese que las representaciones en el grupo borgeano también son significativamente elusivas de la condición histórica de la mujer: el ejemplo más cabal lo tendríamos en *La invención de Morel*, donde Bioy Casares, opuesto como Borges a la arbitrariedad psicológica, crea una novela de amor basada en un personaje femenino que es solamente imagen y en una incompatibilidad sin base psicológica, porque lo que separa al hombre y a la mujer no es más que la tecnología fantástica, la famosa máquina de Morel.

Quizá uno de los casos más propicios para el análisis sea el de Ernesto Sábato, a través del cual podremos ver cómo se vincula ideológicamente la imagen tópica de la mujer con una medievalizante crítica a la modernidad, de forma que determinados argumentos de

una antropología subjetivista se ponen al servicio de un enfoque conservador de los problemas sociales, tras el cual no es difícil descubrir la especial resistencia del autor a ideologías tan influyentes en su época como el marxismo. La ventaja que nos ofrece Sábato es que, a diferencia del resto de autores mencionados, ha dedicado varios ensayos a la metafísica de la identidad originaria de la mujer y es bastante fácil examinar la evidente genealogía de su ideario sobre la diferencia sexual.

En la trayectoria de este escritor, el existencialismo evoluciona desde posiciones más o menos sartreanas hacia el personalismo cristiano de Mounier, Berdiaeff o Chestov -difundidos por la propia revista *Sur* y significativamente antimarxistas, lo que tiene muchas consecuencias novelísticas en la trayectoria del autor¹-, pero la consideración de la mujer permanece indemne, hasta el punto de que los protagonistas femeninos de la narrativa de Sábato reiteran una y otra vez los mismos esquemas, de forma que, por ejemplo, la Alejandra de *Sobre héroes y tumbas* reaparece sin apenas variantes en la Agustina de *Abaddón el exterminador*. De hecho, en *El túnel* ya encontramos los ideogemas de la visión de la mujer que el existencialismo literario rioplatense plantea repetidamente. Y la postura de Sábato es innegablemente polémica, como lo demuestra la olvidada discusión en *Sur* con la propia directora de la publicación, Victoria Ocampo, en la que ésta desarticuló el antiprogresismo de Sábato y reveló la dependencia de sus ideas con respecto a la opresora jerarquización del discurso masculino.

Con buenos argumentos, Victoria Ocampo, que ya había publicado su obra *El proletariado de las mujeres*, calificó de antifeminista la actitud de Sábato, discutiendo la oportunidad de los ejemplos (Malraux, por ejemplo) utilizados por el autor, así como algunas ideas concretas, como la de que el acto propiamente sexual no tiene casi importancia para la mujer, o la de que el hombre es esencialmente dualista y puede separar el mundo físico del mundo moral². En su

contestación, Sábato matizó los ejemplos e insistió en la susceptibilidad de las mujeres como grupo social en inferioridad, y muy especialmente en la ofensa a Victoria Ocampo, sobre cuya falta de lógica en las argumentaciones ironizó, añadiendo además: "en un modestísimo y casi invisible párrafo puse una microscópica lista de defectos y ya usted se me viene encima como una furiosa bacante, dispuesta a desgarrarme vivo y a comerme crudo". Sábato se defendió alegando que no había hecho un ataque, sino una apología "casi religiosa" de la mujer y "de su calidad humana frente a la deshumanización del hombre"³. La contrarréplica de Ocampo, en el mismo número, fue todavía más severa⁴.

La polémica tenía como origen un artículo de Sábato publicado en *Sur* en 1952 titulado "Sobre la metafísica del sexo", que será el germen de las reflexiones posteriormente incluidas en *Heterodoxia*, el ensayo en el que Sábato desarrolla más extensamente la cuestión de la identidad femenina. En ese artículo, el novelista argentino explicaba la importancia de tres pensadores que eran los que más le habían impresionado de los que "han reflexionado metafísicamente sobre el sexo": Otto Weininger, Ernest Bergmann y Gustav Simmel⁵. A ellos habría que añadir probablemente a Ortega y Gasset, con sus *Estudios sobre el amor*, pero en general con su labor divulgadora a partir de la *Revista de Occidente*, de la cual Sábato, como tantos otros intelectuales latinoamericanos del siglo XX, es un deudor evidente. De ese modo, podemos tener reunidas las principales referencias intelectuales con las que Sábato organiza su lectura metafísica y sustancialista de la diferencia sexual.

Destaca especialmente la presencia del incalificable Weininger, que, aunque hoy sea una figura olvidada -merecidamente-, gozó de un importante prestigio en Argentina, por sus ideas furiosamente sexistas y por lo singular de su existencia, que terminó con el suicidio a los veintitrés años, poco después de haber publicado *Sexo y carácter*⁶. Prueba de ese prestigio es el interés con que el filósofo

Francisco Romero habla de él, elogiando sus páginas sobre el amor y disculpando sus arranques misóginos por la juventud. El filósofo argentino resume de la siguiente manera la filosofía de los sexos de Weininger:

Las conclusiones tocantes al problema de los sexos se extraen de las premisas sentadas con una consecuencia rigurosa e inflexible. El principio masculino se hermana con el valor y la personalidad. La mujer, privada de valor en cuanto mujer absoluta o tipo puro, es sólo objeto o materia para el hombre, bien como fin de su deseo físico, bien como soporte o pretexto de su proyección erótica ideal. La femineidad, por todo lo que es y supone en sí y frente a lo masculino, importa un pecado contra el principal mandamiento ético, que ordena considerar a los demás como fines y no como medios. La redención de la mujer -y con ella de la humanidad- ocurrirá mediante la negación de lo femenino⁷.

Weininger aparece mencionado en *Abaddón el exterminador*, lo que ha suscitado algún comentario acertado sobre la visión polarizada que de los sexos tiene Sábato⁸, quien también señaló en el ensayo de *Sur* las premisas de su análisis (que después completará en *Heterodoxia*), para no herir susceptibilidades (aunque hirió, como mínimo, la de Victoria Ocampo): su objetivo era establecer diferencias entre hombre y mujer, no superioridades, sino diferencias biológicas a las que les correspondían diferencias psíquicas, sociales y metafísicas⁹. Tan cierto es su interés por esas diferencias arquetípicas o esenciales como su desinterés por el análisis de las condiciones concretas e históricas de la mujer en su época

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

